

Liszt al piano. Los ocho brazos sugieren su asombrosa habilidad técnica, y el halo que rodea su cabeza, sus concepciones religiosas (en la década de 1860 recibió las órdenes menores de los franciscanos, y empezó a llamarse abate Liszt).



Franz Liszt (1811-1886), padre del piano moderno

Angel Barja

El próximo 31 de julio se cumplirán los cien años de la muerte de Franz Liszt. El nombre de este compositor va unido, generalmente, a la música para piano y a las célebres Rapsodias húngaras. Pero, aún más allá de la obra que dejó escrita, nos queda su excepcional importancia como pianista, cuya técnica influyó decisivamente en los que vinieron después de él.

Franz Liszt había nacido el 22 de octubre de 1811 en la localidad de Raiding, entonces húngara y hoy austríaca, a muy pocos años de Berlioz (1803), Mendelssohn (1809), Chopin y Schumann (1810). Estos compositores, precisamente, y el ambiente de exaltación del primer Romanticismo subyugaron a Liszt y le hicieron ver claro su camino.

A los nueve años dio su primer concierto de piano y a los

once se exhibió en Viena con tanto éxito que movió a algunos ricos señores del público a asignarle una generosa pensión para seis años a fin de que el muchacho pudiese estudiar a fondo. Poco después inicia una gira de conciertos por Francia, Inglaterra y Suiza, asombrando a todos con su temperamento musical y su forma de interpretar al piano. Conoce a Paganini, el mago del violín, a Berlioz y a Chopin y se relaciona con los grandes literatos de su tiempo: Víctor Hugo, G. Sand, Heine, Lamartine, Lammenais. En casa de Chopin encuentra a la condesa D'Agoult (que firmaba con el seudónimo de Daniel Stern), y ésta abandona a su marido y a sus hijos para irse con Liszt, con quien vive maritalmente hasta 1840. De este enlace tormentoso nacieron tres niños, uno de ellos Cósima, que sería, sucesivamente, esposa de Bülow y de Wagner.

Durante este tiempo alterna la composición musical con los

conciertos de piano, aunque es en éstos donde da lo mejor de sí mismo. Su virtuosismo y originalidad producen en toda Europa un impacto increíble. Liszt vive sin descanso y hace giras de años enteros, a la vez que rompe con su amante primera y practica el donjuanismo con igual intensidad que el concertismo. Interpreta a Beethoven, a Schumann, a Chopin, además de sus propias obras, en una labor de difusión musical hasta entonces inédita. Gana mucho dinero y se hace construir una lujosa carroza para sus viajes, disfrutando de cuanto se le antoja y vistiendo como un príncipe; en su ropero hay todo tipo de trajes carísimos y más de trescientas corbatas...

Una nueva mujer, Carolina de Sayn, princesa apasionada y un tanto mistiquilla, «raptada» a Liszt intentando alejarlo de las numerosas faldas que lo rodean y —¡menos mal!— convencerlo de que se dedique más a la composición y menos al to-



que... aunque fuera tan noble como el del piano. Efectivamente, Liszt se establece en Weimar como director de orquesta, iniciando una época gloriosa para la interpretación sinfónica, con obras de Schubert, Beethoven, Mendelssohn y otros.

En Weimar, Liszt se dedica con energía a la composición musical, en la que es también original y revolucionario, como después diremos. Sus «Poemas sinfónicos» y su música pianística desarrollan enormemente to-

dos los parámetros del lenguaje musical. Cuando conoce a Wagner a través de la ópera «Rienzi», Liszt se entusiasma y se convierte en el primer admirador del autor de «Parsifal». Será este entusiasmo por Wagner quien lo lleve a romper con la Corte de Weimar, debido a las exigencias de Liszt ante las autoridades para que se representen las obras de su ídolo. Ante la negativa, Liszt dimite y se va. Carolina de Sayn convive todavía con él y están a punto de

contraer matrimonio; pero las cosas se complican por asuntos del divorcio de ella, y Liszt toma una decisión inesperada: hacerse sacerdote. ¡Arrepentidos los quiere Dios! Liszt era muy religioso interiormente, a pesar de su vida mundana, y a sus cincuenta años todavía le resonaban dentro los ecos de sus lecturas de «La imitación de Cristo» y «Los padres del desierto», que había abordado apasionadamente en una crisis de adolescencia. Sin embargo, no le autorizaron a decir misa y sólo recibió las Ordenes menores, reservándose él el derecho al matrimonio, por si acaso. Se estableció en Roma, haciendo continuos viajes por toda Europa, allí donde hubiera algún acontecimiento musical importante. Su muerte ocurrió el 31 de julio de 1886, a consecuencia del frío que cogió en el tren cuando iba a ver el Tristán de Wagner.

Hombre generoso como ninguno, ayudó a todos los músicos que encontró a su paso, sin sombra de envidia y deseando que todos triunfasen. Liszt es el inventor del recital pianístico y de la moderna técnica de este instrumento. En sus composiciones rompe los puentes con el pasado y es el primero en utilizar ampliamente el entero teclado del piano, encontrándole sonoridades nuevas e ilimitadas posibilidades musicales.

También en el campo armónico hizo incursiones inéditas e influyó en Wagner más de lo que suele decirse. Personaje, por tanto, de gran interés artístico y humano, cuyo primer centenario se está celebrando con cariño en toda Europa. Además de sus bellísimas composiciones, nos ha dejado numerosos escritos y reducciones para piano de las más importantes obras de Beethoven y Wagner. Todo lo hizo a lo grande: Interpretar, componer, errar y crear. Chapeau, abate Liszt.

DEL COLE

Ahora podemos construir una escuela con futuro.

Por primera vez, en todos los centros financiados con fondos públicos, celebraremos elecciones para constituir Consejos Escolares. Organos de participación formados por padres, profesores y alumnos que garanticen una enseñanza de más calidad, más efectiva y moderna.

Ya era hora. Participe en las elecciones a Consejos Escolares.

Elecciones a CONSEJOS ESCOLARES. Las primeras.



¿CON QUÉ PORCENTAJE DE SERES HUMANOS DE VERDAD?

